

NATALIA GINZBURG

ASOCIACIÓN MATRITENSE
DE MUJERES UNIVERSITARIAS

vida y obra de

NATALIA GINZBURG

Felipe Vega

Ciencia en Acción

Esta COLECCIÓN de BIOGRAFÍAS ha sido galardonada con MENCIÓN DE HONOR, en la modalidad «CIENCIA, INGENIERÍA Y VALORES. PREMIO ESPECIAL IMPLICACIÓN DE LA MUJER», en la 11ª edición del Concurso Internacional CIENCIA EN ACCIÓN, cuya final se celebró los días 1,2 y 3 de octubre 2010, en Santiago de Compostela.

EILA editores

© Felipe Vega
© De esta edición: 2024, EILA Editores, S.L.
1ª Edición, marzo 2024

Reservados todos los derechos de esta edición para:
EILA, Editores, S.L.
Paseo Infanta Isabel, 21-6º A - 28014 Madrid
696 39 42 75 - 629 32 34 69
mluisamaillard@telefonica.net
strillod@gmail.com
www.eilaeditores.es

ISBN-13: 978-84-126131-4-8
Depósito Legal: M-7319-2024

Diseño de la colección y de la cubierta: Susi Trillo

Agradecemos a Diego Cobo Fernández, ilustrador, sus retratos de Natalia Ginzburg de portada, y páginas 177-185 del capítulo 7 «Imágenes para una vida».

Agradecemos al Archivo Histórico de la Presidencia de la República Italiana, Archivo Fotográfico Pertini, la cortesía de haber podico incluir la fotografía de su propiedad en la pag. 181 del capítulo 7, «Imágenes para una vidad».

Impresión y encuadernación: Imprenta Taravilla, C/ Mesón de Paños, 6 - Madrid
Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 70219 70 / 93 272 04 47).

A nuestra Ana Lobato

Índice

1.....9
Prólogo.

2.....19
Infancia. *Léxico familiar*.

3.....37
Juventud. Me gusta tu cuento. *El camino que va a la ciudad*. Maternidad, guerra, ideologías. El final de la lucha.

4.....65
Madurez. Amigos míos. Las *Cartas a Ludovica*. Un adiós no tan inesperado. Gabriele Baldini-Roma de nuevo. *Nuestros ayeres* (1952). Un estilo. Una casa en Holland Park. *Las voces de la noche*. Virtudes no tan pequeñas. ¿Un oficio y nada más? Natalia y el teatro o ¿Dónde está mi sombrero?

5.....139
Últimos años. Parlamentaria. Una nueva novela: *La ciudad y la casa* (1984). Unas últimas palabras.

6.....169
Cronología breve.

7.....175
Imágenes para una vida.

8.....187
Bibliografía.

1

Prólogo

La invención de la realidad

«No ha pasado nada
llevo días sentada
ante el papel pero
no pasa nada».

Inger Christensen, *El valle de las mariposas*.

Este libro habla de una mujer silenciosa y discreta, rodeada de hombres, que quiso dedicarse a escribir y acabó lográndolo con gran aceptación de crítica y público. Acostumbraba a llevar el pelo corto, fumaba mucho y habitualmente vestía pantalones oscuros. Los libros que publicó ofrecían un aire sencillo, falsa impresión en todo lo que aparenta sencillez en su superficie.

Vivió tratando de no llamar la atención. Mantuvo una postura ética clara que procuró guardar para sus escritos, a menos que no tuviera más remedio que hacerlo público. Llegado el caso, no vacilaba en hacerlo.

En su vida confluyeron su pasión por la literatura, discreción y una firme actitud cívica. Siempre que pudo evitó analizar sus libros. Si se veía obligada a hacerlo era capaz de explicar el porqué de cada adjetivo, verbo o sustantivo que aparecía en sus páginas. Desde una cierta perspectiva, su obra contiene algo de

milagro laico, al saber mantener una coherencia absoluta con respecto al planteamiento literario que perfeccionó durante toda su vida. Su obra tiene una singular capacidad para observar el mundo y convertirlo en ficción sin que sus lectores detecten el cambio. Logró ese estilo creando un doble de la realidad, aplicándose el dicho proustiano, «la narración guarda el secreto de la seducción a través de la palabra».

Para alcanzar ese nivel se concentró en hechos y personajes que conocía, uniendo realidad e imaginación en esa idea de la vida que solemos definir de cotidiana. La autenticidad por los detalles más pequeños atrae el interés de los lectores en páginas en las que pueden reconocerse a sí mismos y a sus vecinos. Su mirada pervive intacta en la actualidad, gracias a esa aproximación a una condición humana que apenas cambia.

Recibió importantes premios, pero los reconocimientos nunca la apartaron «de hacer lo que sé hacer». Los anglosajones definen ese estilo como *slides of life,* «pedazos de vida».

Su paso por el Mundo no fue fácil. Vivió desde pequeña bajo el fascismo mussoliniano, luego sufrió la Segunda Guerra Mundial. En la posguerra, viuda, tuvo que ocuparse de sus hijos sola y durante largos periodos de tiempo. Perdió pronto a sus dos maridos, Leone Ginzburg y Gabriele Baldini. A Leone tras ser torturado por la Gestapo, tragedia que cambió su vida para siempre. En 1959, murió, con diez años de edad, su hijo Antonio. Vivió su madurez con su hija Sussana que padecía una enfermedad incurable. Tras 20 años de matrimonio, su segundo marido, Gabriele Baldini, falleció en pocos meses.

Hasta bien entrado el siglo XX vivió como persona reservada, tendiendo a escuchar más que hablar. Todavía en esos años la mujer debía mostrar docilidad si quería vivir tranquila en un mundo diseñado por hombres. Ese escollo no le impidió defender su independencia intelectual, en una época en que el sumiso papel de la mujer comenzó a cambiar. Fue testigo directo de esos cambios y participó en ellos con sus escritos, actividad política y parlamentaria. Igual que defendió una postura política, puso por delante siempre su lealtad para con amigas y amigos, a los que trató con admiración y respeto.

Escogió la región del Piamonte, la ciudad de Turín, el frío de los cercanos Alpes y las brumas del río Po como escenario de su obra. Empleada en la editorial Einaudi, tradujo a Marcel Proust, Guy de Maupassant y Gustave Flaubert. Se rodeó de excelentes compañeros, escritoras, pensadores y políticos, que la estimularon a escribir y a publicar, enfrentados a su carácter acosado por una incurable inseguridad.

Considerar que esa inseguridad la ayudó a construir un nuevo estilo literario tal vez pueda parecer excesivo, pero después de leer sus libros, y teniendo en cuenta la época en la que se publicaron, queda más claro que Natalia Ginzburg escribió de una forma distinta sobre su sociedad. Lejos de viejos costumbrismos y recursos emocionales mediocres, apoyada en un carácter de débil firmeza.

El poeta norteamericano William Carlos Williams dijo una vez que para escribir solo es necesario tener en cuenta «los hechos, y nada más que los hechos». Natalia Ginzburg lo hizo. Observó, recordó y fijó lo vivido del modo más veraz posible en vez de repetir historias mil veces contadas. Esa postura la convirtió en compañera del movimiento neorrealista, en el que participó desde sus inicios hasta ser una de sus voces más representativas.

Desde sus primeros textos se ocupó de las vidas de gente corriente más que por crear estructuras literarias complejas. Con su mirada realista, algo radical para la época, escribió cuentos, relatos y obras teatrales, trayectoria similar a la de su admirado Antón Chéjov. Hoy podemos disfrutar en nuestro país de gran parte de su obra gracias al creciente número de traducciones disponibles.

Tuvo la fortuna, junto a un grupo de escritores turineses, de conocer a Cesare Pavese, un experto guía en el salvaje territorio de la literatura. «Gracias a él descubrimos, con profundo estupor, que hasta de nuestra ciudad gris, pesada y nada poética, se podía hacer poesía», escribió tras la temprana muerte del poeta. La influencia de Pavese fue determinante en la vida de los novelistas de varias generaciones. Años más tarde, su influencia cruzó el Atlántico marcando a escritores norteamericanos.

Durante cuatro años Natalia Ginzburg fue miembro del Partido Comunista Italiano. Pasado ese tiempo lo abandonó. Decisión similar a la tomada por Pavese, Italo Calvino, Felice Balbo y otros intelectuales afines a la editorial Einaudi.

En los años 80 fue diputada durante dos legislaturas. Según recordaba, tomó la palabra en la Cámara de Diputados en pocas ocasiones. Lo que no dijo en ese foro lo publicó en periódicos y revistas a lo largo de los años. Escribió para aclarar su punto de vista, solo en ocasiones en las que creyó tener algo que aportar. Publicó artículos polémicos en los que demostró que nadie, absolutamente nadie, mujer u hombre, podría callarla. Siempre que pudo eludió a la prensa y cuando aceptó una entrevista no esquivó ninguna pregunta, a pesar de las consecuencias negativas por hacerlo.

Escribió once piezas de teatro poco conocidas y representadas hoy. Lo hizo con sencillez, capacidad de abstracción y diálogos precisos que describían ambientes sociales afines a sus novelas. Algunas obras llegaron a tener versión cinematográfica.

Decir en nuestro opaco y descreído siglo XXI que Natalia Ginzburg trató de ser honesta siempre, puede significar poco. Cinismo y demagogia no tuvieron espacio en su vida. Intentó defender una mirada ética, pero nunca rígida. Hoy esa mirada podría ser tildada de ingenua, o peor, pasada de moda. En cualquier caso, su generación, parte de ella al menos, primero trató de entender la realidad antes de lanzarse a opinar desde la ignorancia, la emocionalidad, el sectarismo, o todo ello junto.

Lo que reivindicó su amigo Italo Calvino podría atribuírsele a ella: «Soy de los que todavía creen que de un autor solo importa la obra, si es que esta importa algo, naturalmente. Por eso no me gusta dar datos autobiográficos. Llegado el caso los doy falsos o procuro cambiarlos constantemente. Pregúnteme lo que quiera y

se lo diré, pero nunca será la verdad, de eso puede estar segura…». Su autobiografía oficial, publicada al final de uno de sus libros, consta solo de ocho páginas: «Autobiografía en tercera persona».

Natalia Ginzburg, de soltera Levi, nacida por azar en la ciudad de Palermo, pasó la mayor parte de su vida entre Turín y Roma. Vivió tiempos de Historia llenos de largos *periodos oscuros* y, ni en el peor de los momentos, renegó de sus principios. No hay duda de que escribir le salvó la vida, literalmente; algo que no le sirvió de mucho a su querido amigo Pavese.

Desde joven, la autora de *Las pequeñas virtudes* tuvo la suerte de comprobar que la escritura no se le daba nada mal, y lo explicó así, «Mi oficio es escribir y lo sé desde hace mucho tiempo. Espero que no se me malinterprete: no sé nada del valor de lo que escribo. Sé que escribir es mi oficio».

El autor teatral inglés Peter Brook, dice al final de su libro de memorias *Hilos de tiempo* que una biografía o una autobiografía, «es escudriñar en una desconcertante confusión de impresiones indiscriminadas, incompletas, que no son nunca totalmente esto ni nunca totalmente lo otro, en un intento de ver si gracias a la mirada retrospectiva logramos que emerja un esquema».

El presente texto intenta algo parecido. Dar con un esquema decente que narre la decente vida de una escritora italiana del siglo XX.

Dada la importancia del aspecto histórico que Natalia Ginzburg confiere a su obra, este texto se permite algunos desvíos biográficos respecto a su protagonista y respecto a vidas cercanas a ella en el tiempo, intentando comparar su pensamiento con el actual; elemento fundamental en su obra, desde 1916, cuando nació, hasta 1991 año de su fallecimiento.

Se trata de una aclaración necesaria, para evitar que esos desvíos sean tomados como una innecesaria disgresión. La escritora tuvo como objetivo contextualizar periodos históricos que transcurrían en una época determinada, que no eran producto de su imaginación. Una vez más, el neorrealismo marcó su progresión. Esta característica convierte en grandes sus pequeños libros.

Con esa mirada, Natalia Ginzburg permite comparar diferencias y coincidencias entre su época y la de hoy, aunque nunca pretendió suplantar a una historiadora. Sus obras fueron más fieles a su sociedad que otros géneros literarios considerados más serios que una simple novela o un *pequeño* cuento. No vendría mal a historiadores, sociólogos, y especialistas en Italia en general, tener en cuenta a las familias de *Léxico familiar, Familia* o *La ciudad y la casa*, para reflejar la sociedad que estudian.

Su caso no es un caso aislado. Arturo Barea lo logró con su trilogía *La forja de un rebelde*. El folletón de más de mil páginas *Los Miserables,* de Victor Hugo, describe mejor las condiciones sociales del siglo XIX francés que muchos libros de Historia. *Tres rosas amarillas*, un cuento del norteamericano Raymond Carver, ha sido citado con frecuencia y erróneamente por biógrafos de Antón Chéjov, creyendo que su relato ofrecía veraces datos históricos sobre los

últimos días de vida del novelista ruso. Carver hizo ficción a partir de ciertos datos reales, no es lo mismo.

Los escritores que mantienen un diálogo directo con la realidad buscan comprobar si es posible reconciliar recuerdos, imaginación y ficción. Es la particularidad de un género que sostiene su pulso con la realidad como referencia más que como inspiración. Según se narre, nos resultará cercana o carecerá de relevancia. Si el relato se refugia en el oportunismo en nombre de la imaginación, sus páginas, se llenarán de falsedades simulando apoyarse en hechos reales, destruyendo la dignidad de la Historia, haciendo pasar por verdadero aquello que no lo es. Imaginar y mentir son ideas distintas. Aunque sea cierto que la frontera entre ambas es cada vez más difusa a medida en que avanza el siglo. Los neorrealistas creían posible alcanzar cierta objetividad partiendo de la subjetividad. Un planteamiento que se ha transformado en utopía. El neorrealismo no nació para engañar, sino para hacer frente a lo contrario; representar un gesto de necesidad social, producto de la época que lo vio crecer.

Si este texto logra su objetivo, es decir, ser fiel al espíritu de la autora, hará evidente algo que sus novelas esconden entre sus páginas: para ella la escritura no fue un oficio, sino *una forma de estar en la vida*. Lo que es y no es lo mismo. Una paradoja, no hay duda. Viejo debate que no urge resolver en estos momentos.

Felipe Vega
Madrid, junio 2023.

2

Infancia

Léxico familiar

Natalia Ginzburg nace el año 1916 a las seis de la mañana del día 14 de julio, «día de la toma de la Bastilla», en la calle Libertad. La calle está situada en la ciudad de Palermo, Sicilia. Su madre Lidia Tanzi es de Milán y su padre Giuseppe Levi de Trieste, es profesor de Anatomía Comparada en la Universidad de Palermo. Natalia tiene cuatro hermanos cuando llega al mundo. Sus padres llevan casados quince años. Al principio del matrimonio el hecho de que Giuseppe Levi sea judío no es bien recibido por la familia de su mujer. Deberá pasar tiempo antes de que sea admitido en su nuevo círculo social. Cuando Natalia tiene tres años, el padre acepta un puesto de catedrático en la universidad de Turín. Viajan. La adaptación familiar, del soleado sur siciliano al frío de los cercanos Alpes no es fácil, sobre todo para Giuseppe.

En su libro titulado *Léxico familiar,* los pequeños detalles cotidianos van modelando el perfil de cada miembro familiar, amigo o amor:

> «Habíamos cambiado de casa, y mi madre que siempre se había quejado de vía Pastrengo se quejaba ahora de la nueva casa en vía Pallamaglio —¡qué nombre más feo!—, decía. ¡Qué calle más fea! ¡No soporto estas calles, vía Campana, vía Saluzzo! ¡En vía Pastrengo por lo menos teníamos jardín!».